

A los 50 años del Departamento de Trabajo Social...

Victoria Núñez Navarro*

La jubilación... se ve venir

Se ve venir... a veces me busca entusiasta, para entregarme la invitación a levantarme tarde o a la hora que se me dé la gana. A veces la busco, con la ilusión de un nuevo proyecto de vida. A veces se involucra en mis sueños como cascada de burlas crueles e irrespetuosas. A veces me llama con la promesa del viaje pospuesto a lo largo de 25 años. A veces, en los días nublados, se anuncia con el dolor de mi rodilla. A veces me hace juramentos de tranquilidad, calma y alegría junto a mis seres queridos. A veces me propone una buena dosis de incertidumbre y temor de olvidar yo y... que me olviden a mí. A veces me reafirma como ser humano perfectamente capaz de mostrar mi experiencia, mis conocimientos, mi fuerza, mi voluntad y alegría de vivir.

Ya sea por sus creencias, origen, género, edad, por su rol dentro de la sociedad o por su situación económica, tarde o temprano, todo ser humano ingresa a las filas de uno o más grupos vulnerables. El reto es construir el más fuerte blindaje posible contra las situaciones que se pudiesen traducir en quebranto físico, cognoscitivo y psicosocial.

Lo ideal sería reconsiderar esta cuestión de la vulnerabilidad, a veces como sustantivo, adjetivo calificativo, o las más de las veces, como construcción social; el redimensionamiento, de cualquier forma, posee implicaciones que trastocan aristas personales, sociales, económicas.

Las etapas del desarrollo humano, generalmente, poseen características que se manifiestan en diversos ámbitos, dimensiones, niveles y grados; así, se conforma un entramado de condiciones físicas y socialmente construidas, que inciden directamente en la calidad de vida.

No hay mucho misterio en el asunto... solo el necesario para amparar lo objetivo y subjetivo de la vejez y de la jubilación; binomio que conlleva implicaciones existenciales

y supera las concepciones referidas al trámite administrativo y burocrático, para trastocar las dimensiones naturales y biopsicosociales de un ente.

La teoría es vasta, pero, como en otros temas, ineficaz para desempolvar conciencias y dibujar amparos contra la incompreensión, la marginación, la soledad y la discriminación hacia las personas de la tercera edad. Dada la multiplicidad de factores que incrementan las posibilidades de violación a los derechos humanos en esta etapa, es menester construir esquemas que aporten fuerza y energía para un nuevo proyecto que debe constituirse por amor, amistad, respeto, apoyo moral, alegría y alta autoestima.

Al formalizar el retiro de la vida productiva en un centro de trabajo, se evidencian varios hechos que, en menor o mayor medida, son incuestionables e inevitables: la edad avanzada, el alejamiento de su espacio laboral y desprendimiento de sus posesiones, el golpe a su sentido de pertenencia, el desapego a su rol, la paulatina o súbita ausencia de los círculos de amistad, el cambio en sus ingresos y egresos, entre otros.

Sin embargo, a esta altura, en el adulto mayor se pueden identificar ventajas que son conceptualizadas como: serenidad de juicio, experiencia, madurez, sólidos conocimientos combinados con valiosas experiencias; bien puede volverse un consejero, ser dueño de su propio tiempo y tener disponibilidad para las actividades que le interesan.

Los intereses que, de por vida han estado presentes, ocasionan confusión al desprenderlos del espacio laboral; es como un diploma enmarcado que, al quitarlo de la pared

* Licenciada en Trabajo Social y Maestra en Innovación Educativa por la Universidad de Sonora. Diplomada en Mediación por la Universidad de Sonora/Instituto Nacional de Mediación. Doctoranda en Medio Ambiente y Desarrollo por la Universidad Autónoma de Baja California. Realizó estudios de psicología en la Universidad Humanitas, Tijuana, Baja California. Profesora de tiempo completo en el Departamento de Trabajo Social.



Espacios que ha ocupado el Departamento de Trabajo Social en el campus universitario a lo largo de 50 años.

del cubículo, no se le encuentra otro lugar lógico donde colocarlo; si se está consciente de que lo relevante no es el cuadro, sino el gran bagaje de experiencias profesionales, la sabiduría y la dignidad, inherentes ya a la mente y al corazón, minimizarán el efecto de la jubilación.

El ser humano no se define por su edad cronológica, las concepciones de lo característico poseen implicaciones sociales en constante transformación; sin embargo, existen estudios que aportan luz sobre la trascendencia de todo un estilo de vida y el perfil que, a lo largo de la vida, se ha construido a partir de factores biopsicosociales y que se traducen, afín de cuentas, en necesidades y capacidades particulares del adulto mayor.

Adscrita al proceso de la jubilación se encuentra un entramado matizado de cuestiones personales, sociales y económicas.

Jubilación no debe ser sinónimo de soledad ni aislamiento, debe ser sinónimo de descanso, de disminución de estrés, de alegría y de convivencia con la familia y amigos; también, de

tiempos para la salud, para la actividad y la emoción de la tranquilidad y de la integración social.

Para el adulto mayor son primordiales las redes de apoyo, definidas como fuerzas que previenen y respaldan a los individuos en caso de circunstancias de riesgo para su integridad física, emocional y para sus elementales derechos humanos.

Las redes de apoyo se perfilan, además, como un magnífico recurso de apoyo que busca incentivar el sentido de pertenencia, reforzar la convicción propia y ajena sobre la capacidad y valía del jubilado o pensionado, dentro de la sociedad; por otra parte, invita a la convivencia y retroalimentación sobre circunstancias en común (sentimientos, pensamientos, temores, duelos, dolores, dificultades económicas); invita al fortalecimiento de los lazos de amistad dentro de un marco de integración social; propone impulsar el encuentro con toda aquella capacidad que se traduzca en la activa y permanente lucha por sus derechos.